MIGUEL HERNÁNDEZ Y LA GENERACIÓN DEL 36

Por GERMÁN BLEIBERG
(Vassar College, Nueva York)

Entre los poetas que emergen en torno a los años treinta, o más bien entre 1931 y 1936, se opera una notable metamorfosis en el acercamiento a la expresión lírica y a la búsqueda de ciertas posibilidades estéticas. Recientemente ha estudiado este período el profesor Cano Ballesta, en su bien documentado libro *La poesía española entre pureza y revolución* (1930-1936). Es un estudio que nace, sin duda, de su trabajo anterior sobre Miguel Hernández. Y es que, entre ese grupo de poetas, que ha sido llamado también la "promoción de la República", Miguel Hernández es el poeta más personal, el más liberado de etiquetas convencionales y el menos sometido a las posibles fórmulas de generación.

La atención que ha merecido, tanto desde la vertiente biográfica como desde el ángulo crítico y estilístico, se atestigua por una ya bastante densa bibliografía: Macrí, Puccini, Morelli, Couffon y Concha Zardoya, que ya hace más de veinte años dedicó artículos y posteriormente un libro al poeta de Orihuela. A los nombres de los estudiosos en diversos países, hay que añadir la lista de poetas paisanos de Hernández, que han puntualizado una serie de pormenores y aportado datos biográficos y cronológicos sobre la evolución de la obra hernandiana: Manuel Molina, Vicente Ramos, Francisco Guillén García, o el joven José Muñoz Garrigós, que ha estudiado en todo su alcance la valiente revista fundada por Ramón Sijé, *El Gallo Crisis.* Del cotejo de tan variadas fuentes bibliográficas y testimoniales, surgen algunos conflictos y contradicciones que, aparte de su escasa importancia para una visión de conjunto, no me propongo dilucidar aquí. Se trata ahora, para mí, ante todo de ofrecer un homenaje de corazón al amigo y compañero y también camarada, al poeta de Orihuela. Y no puedo echar en olvido su destino vital, su trágica consunción mortal en la enfermería de la prisión de Alicante, en marzo de 1942. Este conjunto de circunstancias nos obligará más a señalar las diferencias entre la individualidad de Miguel Hernández y la llamada generación del 36, que apoyar en meras coincidencias de fechas su posible vinculación con el grupo de la República.

La idea de generación suele servir de comodín pedagógico para establecer ciertos ritmos histórico-literario-artísticos, no sin riesgo de caer en algunas inexactitudes, aunque a menudo sin importancia. En cuanto a la que don Homero Serís, desde su cátedra de Syracuse University, llamó "generación del 36", habría que considerar dos facciones en la misma generación, como es natural, ya que lleva el apellido del año más trágico y culminante de la historia española moderna. La generación o el grupo literario se escinde, como han señala-

BOLETÍN AEPE Nº 9. Germán BLEIBERG. Miguel Hernández y la Generación del 36
Centro Virtual Cervantes

do algunos historiadores y críticos —Díaz-Plaja, Gullón,Guillermo de Torre, entre otros—; un sector de la generación coopera o convive con la España triunfante de la guerra civil; el otro se convierte, con varios poetas de tendencias y estilos que van desde el 98 hasta más de medio siglo después, en la poesía de la España peregrina: a ésta pertenecen nada menos que Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez (entre los mayores), Rafael Alberti, Pedro Salinas, Jorge Guillén, León Felipe, Emilio Prados, Luis Cernuda; el éxodo de estos poetas está íntimamente presidido por la sombra luminosa de Federico García Lorca que, por razones obvias, es el mito de un exilio final. Todos estos poetas eran los maestros maduros hacia 1930. También emigran algunos de los entonces jóvenes. Estos,en su mayoría, al verse arrastrados a la larga peregrinación hacia América o Europa,pierden su voz y su presencia en la poesía lírica española. Pocos son los que cuajan como poetas fuera de la Península de los de la generación del 36. Por eso resulta tan difícil entender a la generación del 36 como grupo. Por eso también en algunas clasificaciones se ha llegado incluso a considerar como miembros del grupo a Cela, Marías, Laín, etc., que pueden ser un producto literario e intelectual de la post-guerra civil, pero que sólo a duras penas podrían explicarse por las características clasicistas y formales de la poesía del grupo poético. En éste hay, desde luego, ciertos rasgos iniciales comunes: vuelta a los clásicos, formalismo en el verso y en la estrofa, resonancia de los modelos petrarquistas filtrados por Garcilaso o Herrera, una decidida predilección por el soneto, en estructura cerrada o casi hermética. Pero con todos estos elementos en la mano, no podemos en realidad penetrar en el poeta individual: la personalidad lírica surge en cada escritor con una identidad inconfundible. Cada poeta, de los que componen la presunta generación del 36, evoluciona, desde el principio, por sus propios medios e impulsos y se mueve por su personal inspiración o hasta su urgencia individual de experimentar nuevos cauces de expresión. También es importante destacar que el formalismo clasicista no era una verdadera innovación por los años 35 y 36. Ya los poetas anteriores, los consagrados desde 1925, habían buscado su inspiración en las formas poéticas del Siglo de Oro, o en los cancioneros del XV, o en el Romancero, y el respeto por el formalismo y por la metáfora compleja, la alegoría, las imágenes oscuras se acentuaría con el centenario de Góngora. Alberti proclama su deseo de ser escudero de Garcilaso; Pedro Salinas arranca el título de su poema amoroso *La voz a tí debida* de un verso de la *Egloga tercera.* Y García Lorca niega que el *Romancero gitano* sea un libro popular, o de linaje popular: lo califica de poesía casi aristocrática. Y precisamente a Miguel Hernández le recomendaría, en el momento en que Neruda y su *Residencia en la Tierra* y su *Caballo Verde para la Poesía* hacen culminar todas las posibles impurezas del superrealismo, que no abandonara nunca la forma en el verso y en la estrofa.

Otra característica de la generación del 36 podría ser que sus miembros —Rosales, Vivanco, los Panero y otros— son todos universitarios. También podría decirse que, dentro de la apretada cronología entre 1931 y 1936, y cuidando todos los matices, los poetas citados no empiezan a publicar hasta 1935. Miguel Hernández no procede de la Universidad; su formación poética no comienza en Madrid: cuando entrega su auto sacramental a José Bergamín —*Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras*— es el poeta nacido y crecido en Orihuela, el autor, desde 1933, de *Perito en lunas.* Ya ha brotado el poeta, no como tímido principiante, sino como caudaloso artífice de metáforas estructuradas de acuerdo con el código de Góngora —"neo-gongorino" lo llama Cano Ballesta en su libro—:

A fuego de arenal, frío de asfalto.
Sobre la Norteamérica de hielo
con un chorro de lengua, Africa en lo alto,
por vínculos de cáñamo, del cielo.

BOLETÍN AEPE Nº 9. Germán BLEIBERG. Miguel Hernández y la Generación del 36
Centro Virtual Cervantes

Su más confusa pierna, por asalto,
náufraga higuera fue de higos en pelo
sobre nácar hostil, remo exigente...
¡Norte! Forma de fuga al sur: ¡serpiente!

¿Cómo llegan a Orihuela los ecos de esta escena norteamericana? ¿El cine?. ¿Una noticia de periódico? Un negro —Africa— ha sido ahorcado —*chorro de lengua— vínculos de cáñamo* —por violación— *asalto*— de una blanca— *nácar hostil*—. Además, el tema del negro coincide con un poema, entonces desconocido, de *Poeta en Nueva York;* es la *Danza de la muerte,* que se abre con el estribillo:

El mascarón. ¡Mirad el mascarón!
¡Cómo viene del Africa a New York!

Ya en *Perito en lunas* Miguel Hernández se sirve del artificio gongorino para incorporar temas actuales de la vida cotidiana, solapadamente oculta bajo la fronda metafórica. *Perito en lunas* nunca podría ser un libro antecedente de la poesía de la generación del 36. Es la singularidad de Miguel Hernández, comparable, en otro plano, a la singularidad de Bécquer: es el poeta que descuella sólo, muy dentro de su época, pero también más alla del tiempo. Y esta autonomía le permite elevar a menudo la poesía a lo que esencial y entrañablemente es o debe ser, tantas veces: juego, en el sentido que Huizinga le da en *Homo ludens.* Y por esta vía, Miguel Hernández sabe inculcar a sus poemas dinamismo y humor, que no son característicos de los poetas que empiezan a publicar durante el año que precede a la guerra civil; en la poesía de la generación del 36 hay una actitud unívoca, nunca burlona, sin concesiones a lo cotidiano, aunque los mismos poetas, años después, y cada uno con arreglo a sus diferentes experiencias, sean los autores de *La casa encendida, El descampado* o *Escrito a cada instante.* En poemas de 1934 —recogidos en las *Obras Completas*— continuamente nos encontramos con la interferencia del humor. Cuando narra su experiencia del choque con la civilización en un poema que recoge el tema del *Beatus ille* horaciano o la clásica "alabanza de aldea", Hernández infunde nueva vitalidad —una caótica vitalidad urbana— a su "Silbo de afirmación en la aldea":

Iba mi pie sin tierra, ¡qué tormento!,
vacilando en la cera de los pisos,
con un temor continuo, un sobresalto,
que aumentaban los timbres, los avisos,
las alarmas, los hombres y el asfalto.
¡Alto! ¡Alto! ¡Alto! ¡Alto!
¡Orden! ¡Orden! ¡Qué altiva
imposición del orden una mano,
un color, un sonido!
Mi cualidad visiva,
¡ay!, perdía el sentido,
Topado por mil senos, embestido
por más de mil peligros, tentaciones,
mecánicas jaurías,
me seguían lujurias y claxones,
deseos y tranvías.

.....

¡Cuánto labio de púrpuras teatrales,
exageradamente pecadores!

BOLETÍN AEPE Nº 9. Germán BLEIBERG. Miguel Hernández y la Generación del 36
Centro Virtual Cervantes

¡Cuánto vocabulario de cristales... ...
....

¡Qué confusión! ¡Babel de las babeles!
¡Gran ciudad! ¡Gran demontre! ¡Gran puñeta!
¡Y su desequilibrio en bicicleta!

Siguen las meditaciones:

¡Ay, cómo empequeñece
andar metido en esta muchedumbre!

Y después de las imprecaciones al "todo eléctrico", y la contraposición de la beatitud de la vida rústica, el poeta vuelve a desviarse hacia el humor o el sarcasmo:

¡Rascacielos! ¡Qué risa! ¡Rascaleches!
¡Qué presunción los manda hasta el retiro
de Dios! ¿Cuándo será, Señor, que eches
tanta soberbia abajo de un suspiro?
Ascensores: ¡qué rabia! ...
¡Metro! ¡qué noche oscura
para el suicidio del que desespera!

Frente a la recurrente negación de la urbe, el remozado elogio de la aldea, desarrollado sin desmayo en este largo poema:

Aquí la vida es pormenor: hormiga,
muerte, cariño, pena,
piedra, horizonte, río, luz, espiga,
vidrio, surco y arena.
Aquí está la basura
en las calles, y no en los corazones.
Aquí todo se sabe y se murmura:
no puede haber oculta la criatura
mala, y menos las malas intenciones.

El humor, más o menos destemplado, la imprecación, el apóstrofe, los hallamos en los versos que describen el vértigo de la ciudad; en cuanto el poeta se halla en su ambiente, la aldea, la voz se remansa y se reviste de la serenidad que ya preveían los clásicos. Y con ecos de Lope, el poeta sigue:

Haciendo de hortelano,
hoy en este solaz de regadío
de mi huerto me quedo.
No quiero más ciudad, que me reduce
su visión, y su mundo me da miedo.

.....

Y concluye:

Lo que haya de venir, aquí lo espero
cultivando el romero y la pobreza.

BOLETÍN AEPE Nº 9. Germán BLEIBERG. Miguel Hernández y la Generación del 36
Centro Virtual Cervantes

Aquí de nuevo empieza
el orden, se reanuda
el reposo, por yerros alterado,
mi vida humilde y por humilde muda.
Y Dios dirá que está siempre callado.

Este poema perfectamente estructurado en su conflicto, caos igual a ciudad, cosmos igual a aldea, ya contiene muchos de los signos incluso ideológicos del auténtico poeta: el conflicto es trascendente, y va desde la antinomia ciudad-aldea hasta la actitud del poeta ante Dios (que está siempre callado: el Dios en silencio que se repite tanto en la primera época de Hernández). A pesar de que los críticos han señalado la distancia que media entre la poesía primeriza de Hernández y la que irrumpe con *El rayo que no cesa,* yo creo que, ya desde el mismo principio, el poeta se manifiesta con rasgos esenciales e inconfundibles.

No estoy de acuerdo con el carácter mimético que le atribuye Juan Cano Ballesta: aunque nada hay nuevo nunca en poesía, y probablemente en ningún otro género literario, sí hay cauces personales para acercarse a los temas: amor, muerte, naturaleza, Dios. Y Miguel Hernández ha encontrado este cauce nuevo en su verso y en su prosa —como en los ejemplos escasos de prosa que hay en las *Obras Completas* de 1960 y en los apéndices publicados por Cano. Temas tradicionales de la lírica y elaborados con un arte nuevo, un vocabulario fresco, incluso a veces rebuscado, invalidan también la opinión de Luis Cernuda que ve en Hernández al poeta nato, pero que le niega la capacidad de artista. Esta capacidad está tan desarrollada en el poeta de Orihuela que a veces ciega y deslumbra con la profusión de su manejo del ritmo, la palabra sorprendente, la rima inesperada: otros críticos han señalado este fenómeno que califican de retórica. Tampoco esto es exacto: se advierte la necesidad de hallar formas de expresión inéditas, pero contenido y forma acaban por estar inseparablemente vinculados en todas las fases de la poesía de Hernández.

He prescindido hasta ahora de la esporádica profesión de pastor de cabras, que Miguel Hernández mismo ha descrito en su carta a Juan Ramón, y que encabeza así: "Venerado Poeta: Soy pastor de cabras..." Pero más adelante dice: "Mire: odio la pobreza en que he nacido, yo no sé... por muchas cosas... Soñador como tantos, pienso ir a Madrid. Abandonaré las cabras... y con el escaso cobre que puedan darme tomaré el tren de aquí a quince días para la corte. "¿Podrá Vd. dulcísimo Juan Ramón, recibirme en casa y leer lo que le lleve?." La carta es de noviembre del 31, aunque algunos han querido fecharla en 1930, pero lo cierto es que el primer viaje a Madrid es en diciembre del año siguiente (1931). También dejo de lado otros aspectos biográficos de sobra conocidos: su trabajo (a la vuelta de Madrid) en la notaría de Orihuela; la influencia que han tenido sobre su decidida entrega a la poesía el panadero Carlos Fenoll —exquisito poeta refractario a la publicidad, fallecido hace poco en Barcelona; el sacerdote don Luis Almarcha, que más tarde fue obispo de León, y que después de haber dimitido de su sede, vive, casi nonagenario, cerca de Orihuela; no quisiera dejar de mencionar que, igual que otro levantino, Gabriel Miró, en quien influyó para su obra su colaboración en una enciclopedia religiosa, también en Hernández tuvo que influir, durante su segunda estancia en Madrid, su colaboración con Cossío en la preparación del magno diccionario taurino *Los Toros.* En conexión con la poesía amorosa, decididamente concreta en cuanto a la persona a quien va enderazada, Josefina Manresa, basta, en el presente contexto, con esta alusión.

Llegamos así al año 36 y a la *Elegía a Ramón Sijé* y a *El rayo que no cesa.* La ale-

BOLETÍN AEPE Nº 9. Germán BLEIBERG. Miguel Hernández y la Generación del 36
Centro Virtual Cervantes

gría de vivir, el desenfadado humor de los poemas anteriores, ha desaparecido de los poemas de Miguel Hernández. Se intensifica —y se humaniza— la alegoría del toro —ya he aludido antes a José María de Cossío— y entre amor y muerte se conjugan todas las posibilidades vitales. El cauce del virtuosismo en lenguaje y sentido y sentimiento, no lo abandonará el poeta en *El rayo que no cesa:* recordemos el soneto 12, y cito por O.C. (219):

Una querencia tengo por tu acento,
una apetencia por tu compañía,
y una dolencia de melancolía
por la ausencia del aire de tu viento.
Paciencia necesita mi tormento,
urgencia de tu garza galanía,
tu clemencia solar mi helado día,
tu asistencia la herida en que lo cuento.
¡Ay querencia, dolencia y apetencia! :
tus sustanciales besos, mi sustento,
me faltan y me muero sobre mayo.
Quiero que vengas, flor desde tu ausencia,
a serenar la sien del pensamiento
que desahoga en mí su eterno rayo.

Es fácil de advertir que en este soneto, al menos en los dos cuartetos,la rima es doble: al principio de cada endecasílabo, con la misma consonancia en los ocho versos, que se prolonga hasta el noveno —o el del primer terceto—, en el cual la rima final también es la misma, para introducir, en el primer verso del segundo terceto, y con la rima, el verdadero tema del soneto: la ausencia, o, más específicamente, *tu ausencia.* Soneto de estructura cuidadamente musical, el poeta no sacrifica —y sabe no sacrificar— el vehemente sentido de la composición, lo que es prueba de un activo "hacer" artístico, de un auténtico "saber hacer".

Otro punto que quisiera tocar al revisar y rescatar hacia su propio terreno la poesía de Miguel Hernández es el de la supuesta influencia de Neruda sobre nuestro poeta. Esta influencia ha sido reivindicada sobre todo por Juan Cano Ballesta. Ha recordado y resucitado un artículo de Hernández sobre *Residencia en la Tierra,* en el que se manifiesta su admiración por una poesía impura, por la impureza como factor estético eficiente, real, sentimental (como dice Neruda mismo). Es cierto que pocos poetas de habla española han dejado tanta huella en la poesía peninsular e hispanoamericana como Pablo Neruda y su *Residencia;* diez años después quizá volvería a influir con casi idéntica fuerza el libro de Dámaso Alonso *Hijos de la Ira.* Rastrear a Neruda a lo largo de los poemas de Miguel Hernández demostraría escasas concomitancias entre las dos concepciones de la lírica. Diferente es el caso de la influencia ideológica —o al menos podría ser—, si tenemos en cuenta las cartas apremiantes de Sijé a su amigo: pero Sijé está predicando a un convencido, y Miguel Hernández nunca dejará de ser el que ha sido desde el principio en cuanto a la poesía. Esta se enriquece, por las vivencias sucesivas, unas personales, otras literarias, otras histórico-políticas, en la temática, pero el tratamiento del tema es siempre análogo a poemas anteriores, o a su ordenado o cósmico punto de vista poético, como podemos observar en su *Homenaje a Bécquer:*

¿Te acuerdas del amor que agrega corazón,
quita cabellos, cría toros fieros?

BOLETÍN AEPE Nº 9. Germán BLEIBERG. Miguel Hernández y la Generación del 36
Centro Virtual Cervantes

¿Te acuerdas que sufrías oyendo campanas,
mirando los sepulcros y los bucles,
errando por las tardes de difuntos,
manando sangre y barro que un alfarero luego
recogió para hacer botijos y macetas?

Toros, corazón, sangre, barro: el vocabulario del más primitivo Hernández sigue vigente con la misma intensidad aunque en algunos, muy pocos, de los poemas sueltos de 1935-36, haya abandonado la rima —que en este poeta, como más adelante insistiremos, tiene una eficacia peculiar (lo mismo ocurre en Antonio Machado)—. No obstante, la crisis espiritual, el posible cambio de actitud poética y política, y como sucede a menudo, el abandono de la fe religiosa, se advierten en dos poemas de alrededor de 1936. Uno es el que ofrece más reminiscencias de Neruda, aunque no sería difícil detectar alguna de César Vallejo: es el poema titulado "Me sobra el corazón" (*O.C.*, 257):

Hoy estoy sin saber yo no sé cómo,
hoy estoy para penas solamente,
hoy no tengo amistad,
hoy sólo tengo ansias
de arrancarme de cuajo el corazón
y ponerlo debajo de un zapato.

Es el poema de la inutilidad de la vida, de la tentación del suicidio, del abatimiento total:

Hoy descorazonarme,
yo el más corazonado de los hombres,
y por el más, también el más amargo.
No sé por qué, no sé por qué ni cómo
me perdono la vida cada día.

Lírica de crisis personal, el poema enlaza con otro titulado *Sonreídme.* En éste —probablemente de 1936, que, en las OC no lleva fecha ni fuente bibliográfica— se presiente ya una poesía en lucha, una poesía de ruptura, un tono de profética proclama:

Vengo muy satisfecho de librarme
de la serpiente de múltiples cúpulas,
la serpiente escamada de casullas y cálices;
su cola puso en mi boca acíbar, sus anillos verdugos
reprimieron y malaventuraron la nudosa sangre de mi
corazón.

Me libré de los templos, sonreídme,
donde me consumía con tristeza de lámpara
encerrado en el poco aire de los sagrarios.
Nubes tempestuosas de herramientas
para un cielo de manos vengativas
no es preciso. Ya relampaguean
las hachas y las hoces con su metal crispado,
ya truenan los martillos y los mazos

BOLETÍN AEPE Nº 9. Germán BLEIBERG. Miguel Hernández y la Generación del 36
Centro Virtual Cervantes

sobre los pensamientos de los que nos han hecho
burros de carga y bueyes de labor.
Salta el capitalista de su cochino lujo,
huyen los arzobispos de sus mitras obscenas,
los notarios y los registradores de la propiedad
caen aplastados bajo furiosos protocolos,
los curas se deciden a ser hombres...

El poeta ha abandonado las metáforas: lenguaje directo —todo lo directo que se puede en poesía, dada la inherente equivocidad incluso del lenguaje cotidiano— que preludia, si no la poesía, sí el clima de guerra civil, o la guerra civil misma, con todas sus consecuencias. Tiene que venir la guerra para que Miguel Hernández escriba en la dedicatoria a Vicente Aleixandre, ofreciéndole *Viento del Pueblo,* en 1937: "Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar soplando a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas. Hoy, este hoy de pasión, de vida, de muerte, nos empuja de un imponente modo a tí, a mí, a varios, hacia el pueblo. El pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo". La solemne elegía a Federico García Lorca abre el libro, y el poeta construye su elegía a base de estrofas irregulares pero siempre en rima consonante: búsqueda de la eficacia por la lectura y de la grabación en la memoria del oyente:

Rodea mi garganta tu agonía
como un hierro de horca
y pruebo una bebida funeraria.
Tú sabes, Federico García Lorca,
que soy de los que gozan una muerte diaria.

Esta idea, de la muerte diaria, o muerte en un rincón —aunque con un matiz distinto—, se encuentra también en la elegía que a Federico dedicó Luis Cernuda. Más propio de Hernández es el romance "Sentado sobre los muertos", en que reaparecen motivos de "Me sobra el corazón":

Sentado sobre los muertos
que se han callado en dos meses,
beso zapatos vacíos
y empuño rabiosamente
la mano del corazón
y el alma que lo mantiene.

Romances para ser recitados, difunden la realidad de la guerra y el anhelo de justicia social. Miguel Hernández se ha identificado, se ha comprometido —en todas las dimensiones del concepto— con la causa de la República. Y profético y fiel a su causa, canta:

Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene,
y aquí estoy para morir,
cuando la hora me llegue,
en los veneros del pueblo
desde ahora y desde siempre.

BOLETÍN AEPE Nº 9. Germán BLEIBERG. Miguel Hernández y la Generación del 36
Centro Virtual Cervantes

Varios tragos es la vida
y un solo trago la muerte.

O insulta a los que se emboscan en la retaguardia en el romance *Los cobardes.* O retorna al tema erótico-seminal en la *Canción del esposo soldado,* en la que brilla la esperanza histórica y personal:

Para el hijo será la paz que estoy forjando.
Y al fin en un océano de irremediables huesos
tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer y un hombre gastados por los besos.

En *El hombre acecha,* otro libro de guerra, dedicado a Pablo Neruda, a quien escribe, presintiendo ya las *Nanas de la cebolla:* "Pablo: Un rosal sombrío viene y se cierne sobre mí, sobre una cuna familiar que se desfonda poco a poco, hasta entreverse dentro de ella, además de un niño de sufrimiento, el fondo de la tierra. Ahora recuerdo y comprendo más tu combatida casa, y me pregunto: ¿Qué tenía que ver con el Consulado cuando era cónsul Pablo? ". En este libro se recogen las experiencias, elevadas también a poesía, de su único viaje al extranjero, a Rusia. Aunque siempre se ha dicho que la poesía nacida de determina - das orientaciones políticas corre el riesgo de corrosión por el tiempo, o por el cambio de dichas orientaciones políticas mismas, en *El hombre acecha* hay a menudo una evasión hacia las calidades líricas más altas, como en el poema *Carta:*

El palomar de las cartas
abre su imposible vuelo
desde las trémulas mesas
donde se apoya el recuerdo,
la gravedad de la ausencia,
el corazón, el silencio.

Y más adelante:

Cartas, relaciones, cartas:
tarjetas postales, sueños,
fragmentos de la ternura,
proyectados en el cielo,
lanzados de sangre a sangre
y de deseo a deseo.

A este poema pertenece el intenso estribillo:

Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté,
escríbeme a la tierra
que yo te escribiré.

El libro concluye, no con una proclama política, sino con una canción característica de la lírica más íntima: la casa está pintada el color de las grandes pasiones y desgracias. Pero

BOLETÍN AEPE Nº 9. Germán BLEIBERG. Miguel Hernández y la Generación del 36
Centro Virtual Cervantes

Florecerán los besos
sobre las almohadas.
Y en torno de los cuerpos
elevará la sábana
su intensa enredadera
nocturna, perfumada.
El odio se amortigua
detrás de la ventana.
Será la garra suave.
Dejadme la esperanza.

Suele admitirse que la cima de la poesía lírica de Miguel Hernández es el *Cancionero y Romancero de ausencias.* Se compone de poemas escritos en los últimos meses de la guerra y durante los años de la cárcel —Torrijos, Conde de Toreno, Ocaña, y Alicante, donde muere—. Son canciones que nacen de la tristeza y del amor, que revelan un profundo contenido humano, de la querencia y la ausencia —como en el soneto del *Rayo que no cesa*— y que establecen el principio de una libertad interior, más allá de cualquier recinto amurallado:

No, no hay cárcel para el hombre.
No podrán atarme, no.
Este mundo de cadenas
me es pequeño y exterior.
¿Quién encierra una sonrisa?
¿Quién amuralla una voz?
A lo lejos tú, más sola
que la muerte, la una y yo.
A lo lejos tú, sintiendo
en tus brazos mi prisión,
en tus brazos donde late
la libertad de los dos.
Libre soy, siénteme libre.
Sólo por amor.

Hacía bastante tiempo que no había leído sistemáticamente las OC de Miguel Hernández. Orihuela, la memoria del poeta, amigo, compañero y camarada, el hecho de tener que hablar sobre él, me han dado una renovada oportunidad de acercarme a su obra: ¡cómo ha crecido! ¿Por qué dice Cano Ballesta que su obra "quedó truncada"? Me ha parecido, a lo largo de la relectura, que es todo lo contrario: la obra es obra de cuerpo entero. Y ni siquiera he tenido tiempo de referirme o a páginas primerizas, como su artículo sobre Miró, o a su elegía en prosa con ocasión de la muerte de Sijé, o a su teatro, y también he querido eliminar nuestros meses de convivencia en la cárcel de Torrijos, de Madrid, o nuestros semanales encuentros en Valencia, durante la segunda mitad de 1938 y las primeras semanas del 39, para ver si nos abonaban el importe del Premio Nacional de Literatura, que compartimos, y que nunca llegamos a hacer efectivo. Su poesía, como la de Lorca, vive por sí sola, al margen de lo que se ha truncado de veras y trágicamente: la vida. Y volviendo al punto de partida: no le incluiría nunca en la llamada generación del 36; tal vez le vería mejor situado, si es que fuese necesario catalogarle por esquemáticas razones generacionales, entre los poetas del 25 ó del 27, aunque como brote tardío y maduro desde sus comienzos. Pero en definitiva, le

BOLETÍN AEPE Nº 9. Germán BLEIBERG. Miguel Hernández y la Generación del 36
Centro Virtual Cervantes

considero como uno de estos pocos poetas que nacen con voz —no con eco— y que son como solitarios faros en un panorama literario: Manrique, Garcilaso, San Juan de la Cruz, Góngora, Quevedo, Bécquer, Machado, Juan Ramón, Lorca, hasta llegar a él, Miguel Hernández. Y puede que la nómina sea incompleta. Pero existe lo fortuito y a la vez significativo.

Son ya pocos los amigos del llamado grupo de Orihuela que viven. Con tres de ellos, Vicente Ramos, Vicente Mojica y Manuel Molina visité hoy, 1º de septiembre, el cementerio de Alicante para llevar unas flores al nicho del poeta. Cuando Manuel Molina retiró un ramo mustio y polvoriento —de algún visitante anterior— cayó al suelo un papel, un breve mensaje, firmado "camarada", y fechado en Madrid el 17 de agosto de 1973; me regalaron el anónimo y significativo escrito: dice lo que sigue: "Miguel: como tú bien dijiste 'la juventud siempre empuja y siempre vence'; tú te fuiste, pero estate seguro que la juventud de toda España lleva tu obra y tu palabra bien metida en la cabeza. Adios." Nada podría ser más elocuente que este anónimo voto popular a favor de la vigencia de la obra y los ideales de un poeta.

Orihuela, septiembre de 1973.

BOLETÍN AEPE Nº 9. Germán BLEIBERG. Miguel Hernández y la Generación del 36
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes